



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado
Monografía

¿Cómo se forma un analista?

Daiana González Méndez

CI: 5.137.163-2

Tutor: Asist. Dr. Marcelo Novas

Revisor: Prof. Adj. Mag. Gonzalo Grau-Pérez

Octubre, 2025
Montevideo, Uruguay

Índice

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Capítulo 1.....	6
¿Qué se requiere para estar habilitado/a como analista según Freud?.....	6
¿Cuándo hay analista para Lacan?.....	9
Transferencia y deseo del analista.....	13
Capítulo 2.....	20
Entonces ¿cómo se forma un analista?.....	20
¿Por casualidad?.....	23
De lo intransmisible.....	26
Capítulo 3.....	29
Ser o no ser ¿esa es la cuestión?.....	29
Conclusiones.....	32
Referencias.....	34

Resumen

El presente Trabajo Final de Grado consiste en una producción teórica que tiene como objetivo cuestionar acerca de la formación del analista y la habilitación/autorización del mismo en su función. A lo largo del trabajo se irán planteando interrogantes que servirán de disparadores para tratar de entender cómo se concibe la formación de un analista para el psicoanálisis, qué implica y qué se requiere, desde distintas perspectivas.

Se partirá de autores clásicos como Freud y Lacan, para luego, en conversación con otros/as repensar aspectos que atraviesan por completo la formación y la práctica clínica, así como la transmisión misma del psicoanálisis.

Palabras clave: psicoanálisis, analista, formación.

Introducción

En 1922 hablé con Freud sobre mi intención de establecerme en Viena como analista. Me habían dicho que nuestro grupo de Berlín alentaba a los psicoanalistas, especialmente a los principiantes, a realizar análisis didácticos antes de iniciar su práctica profesional, así que le pregunté a Freud si creía que esta preparación era deseable para mí. Su respuesta fue: “Tonterías. Empieza ya. Seguramente tendrás problemas, pero cuando los tengas, ya veremos lo que podemos hacer para resolverlos”. (Roazen, 1995, p.138 como se citó en Bonoris, 2022)

La siguiente monografía, enmarcada en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología, responde a un interés propio por buscar -inicialmente- respuesta(s) acerca de cómo formarse como analista y qué se requiere para encarnar tal posición.

Es algo frecuente que, finalizando la carrera de grado, los estudiantes se pregunten cómo continuar luego de ésta. Quizá de parte de quienes estamos interesados por el psicoanálisis surjan algunas preguntas particulares: ¿Estoy habilitado/a para ser analista? ¿Qué se necesita para ello? ¿Hay algo en la formación que garantice tal cosa? En caso de existir tal garantía ¿se trata de una suma de contenidos teóricos, de experiencias, o va más allá? ¿Qué es exactamente ser analista? ¿Es una posición a ocupar por momentos o es algo fijo e inmutable?

Al realizar mi práctica de graduación en la Clínica Psicoanalítica de la Unión, varios de estos puntos insistieron y fueron inquietudes compartidas con mis compañeras, donde a la hora de llevar adelante tratamientos por primera vez no nos quedaba del todo claro si realmente estábamos ‘siendo’ analistas o no.

Múltiples incertidumbres se hacen presentes a la hora de iniciar en la clínica, donde, de la mano de lo anterior, se pone en interrogación si se está preparado/a para comenzar a habitar la función. La cuestión es: ¿qué es estar preparado/a? ¿se lo está algún día? ¿Quién lo determina?

Considero pertinente interrogarse acerca de la formación del analista ya que es un punto crucial y determinante del modo de posicionarse en la clínica psicoanalítica; se trata de un aspecto ético y de la transmisión de nuestra práctica. Implica repensar desde dónde, cómo

y cuándo ocupamos el lugar de analistas frente al sujeto con el que trabajamos y no reducir tal lugar a una mera secuencia de pasos.

Además, quizá excusadas en el argumento de la intransmisibilidad, algunas nociones del terreno psicoanalítico (y de las cuales a veces no hay consenso claro) pueden darse por sobreentendidas o plantearse de forma demasiado abstracta.

Este oscurantismo que se da a causa de una especie de silencio cómplice puede ser muy desalentador y volverse un obstáculo para quienes aspiramos a habitar la función de analistas. El presente trabajo, que nace de una genuina búsqueda de respuestas, tiene como objetivo cuestionar y poner en movimiento algo que a veces se encuentra tan establecido que queda estático, disfrazado de evidente, y que es parte del núcleo del ejercicio de nuestro rol.

Capítulo 1

¿Qué se requiere para estar habilitado/a como analista según Freud?

En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (1926) -un texto clave para responder esta pregunta- Freud argumenta a favor de que los legos¹ (entendidos en este caso como no médicos) puedan ocupar el lugar de analistas, recalcando que esto no implica que lo hagan desde un lugar imprudente o salvaje. La escritura de este trabajo se enmarca en el contexto de una reciente causa judicial realizada contra Theodor Reik, donde se lo acusaba de curanderismo y de transgredir la ley al tratar pacientes sin tener un título médico. Freud -en defensa de Reik- deja claro que si bien los médicos no estarían excluidos a ejercer el análisis, quienes no lo son también pueden formarse para el ejercicio del mismo, ya que el conocimiento necesario no está en la medicina ¿dónde está entonces?

Lo primero que Freud nombra en este texto es la exigencia de que quien quiera ejercer el análisis en otros, debe primero someterse a un análisis propio. Dirá que solamente vivenciando los procesos postulados en su propia persona adquirirá la convicción que luego lo guiará como analista.

Nombra tres institutos encargados de la formación en ese momento. Allí se les brindaba a los interesados instrucción teórica, se analizaban, y gozaban del auxilio de un analista más experimentado que los guiaba en sus comienzos en la clínica.

Freud esboza aquí -aunque de manera bastante general- una tríada que considera crucial para que un analista pueda formarse para ejercer su función: **análisis propio, formación teórica y supervisión**. Agrega de todos modos que luego de esto (le estima a esta formación dos años de duración) la persona es aún principiante, y 'lo que falta' se adquirirá por medio de la práctica y del intercambio con otros miembros de sociedades psicoanalíticas.

Pero una vez que se ha pasado por esa instrucción, que uno mismo ha sido analizado, ha averiguado de la psicología de lo inconciente lo que hoy puede saberse, conoce la ciencia de la vida sexual y ha aprendido la difícil técnica del psicoanálisis, el arte de la interpretación, el combate de las resistencias y el manejo de la transferencia, *ya no es un lego en el campo del psicoanálisis*. Está habilitado para emprender el tratamiento de perturbaciones neuróticas y con el tiempo podrá conseguir todo lo que puede exigirse de esta terapia. (Freud, 1926, p.214)

¹ "Lego, ga: Del lat. tardío laīcus, y este del gr. λαϊκός laĩkós; propiamente 'del pueblo'. (...) adj. Falto de instrucción, ciencia o conocimientos" (Real Academia Española, s.f., definición 2).

En este texto se menciona el análisis propio como un punto indispensable aunque no el único, por lo que podemos decir que haberse sometido a un análisis no es suficiente, no alcanza. De la misma forma que tampoco alcanza únicamente el contenido teórico o con ser médico.

“Coloco el acento en la exigencia de que no pueda ejercer el análisis nadie que no haya adquirido títulos para ello mediante una determinada formación.” (Freud, 1926, p.219). La formación, visto de esta forma, consistiría en la tríada planteada anteriormente. Si bien Freud habla de ‘títulos’, pensándolo de una forma crítica y desde la actualidad: ¿existe un título que pueda garantizar ser analista? ¿Este se podría igualar al de psicólogo?

Respecto al título de Licenciado en Psicología, ya desde el aspecto teórico podemos decir que no, ya que esta licenciatura no tiene más que algunas aproximaciones obligatorias a la teoría psicoanalítica pero no es específica de ella. Esto sin contemplar que si tenemos en cuenta la exigencia del análisis personal para ocupar la función de analista, tampoco un título de psicólogo asegura esto. Sin embargo, ¿puede hoy en día alguien que no es psicólogo ocupar esta posición? ¿se está acaso frente al mismo debate de la época de Freud respecto al título médico? Un título de licenciado/a en Psicología no puede habilitar a alguien analista, pero ¿hay algo que pueda hacerlo?

En *análisis terminable o interminable* (Freud, 1937) se describe a los analistas como personas que han aprendido a ejercer un arte determinado, pero que esto no les quita su derecho de ser hombres como los demás (y como tales, imperfectos). De todos modos declara como aptitud necesaria para el ejercicio del rol una medida más alta de normalidad y corrección anímicas.

Entonces, **¿dónde y cómo adquiriría el pobre diablo aquella aptitud ideal que le hace falta en su profesión?** La respuesta rezará: en el análisis propio, con el que comienza su preparación para su actividad futura. Por razones prácticas, aquel sólo puede ser breve e incompleto; su fin principal es posibilitar que el didacta juzgue si se puede admitir al candidato para su ulterior formación. Cumple su cometido si instila en el aprendiz la firme convicción en la existencia de lo inconciente, le proporciona las de otro modo increíbles percepciones de sí a raíz de la emergencia de lo reprimido, y le enseña, en una primera muestra, la técnica únicamente acreditada en la actividad analítica. Esto por sí solo no bastaría como instrucción, pero se cuenta con que las incitaciones recibidas en el análisis propio no han de finalizar una vez cesado aquel, con que los procesos de la recomposición del yo continuarán de manera espontánea en el analizado y todas las ulteriores experiencias serán aprovechadas en el sentido que se acaba de adquirir. Ello en

efecto acontece, y en la medida en que acontece otorga al analizado aptitud de analista. (Freud, 1937, pp. 249-250)

Aquí Freud vuelve a poner el acento en el análisis propio como lo que brindaría esa 'aptitud' que hace al analista. Esto en tanto permite no sólo acreditar y comprender la técnica psicoanalítica en primera persona, sino obtener una percepción de sí mismo diferente, una forma de ver(se) más crítica y con un sentido distinto que antes de someterse a un análisis.

Puntualiza también que este análisis es incompleto, no algo cerrado de una vez y para siempre; y que lo que incentiva no se circunscribe al tiempo cronológico que dura. En cuanto a esto último apunta al análisis como forma de reestructurar de algún modo el yo, pudiendo dar nuevo sentido a las experiencias futuras. Si esto fuera así se lo puede pensar como un puntapié para estar más 'preparado' o 'formado' a la hora de habitar la posición del analista, aunque esta preparación tampoco sería nunca acabada desde esta postura.

Incluso menciona más adelante en el texto que todo analista debe hacerse objeto de análisis periódicamente y sugiere hacerlo cada un período de cinco años. Siguiendo esta lógica, no hay un fin de análisis cerrado y acabado que pueda garantizar a alguien analista de una vez y para siempre, ni tampoco un momento claro en el que ese alguien estaría preparado por completo para serlo.

El desafío de la práctica podría -y debería- entonces pensarse como una apuesta a la formación y reelaboración propia continua, lo que implicaría asumir que la persona que ejerce como analista no será nunca perfectamente pura ni impoluta en su rol. Al fin y al cabo, si bien la tríada mencionada (análisis propio, formación teórica y supervisión) configura la formación y es sumamente necesaria para Freud, también es necesario ejercer la práctica clínica para obtener eso 'que falta' y que no se obtiene de otra manera.

Esto último se ve reflejado en la primera cita del presente trabajo donde Freud impulsa a quien relata -un principiante- a comenzar de una vez, estando advertido de que surgirán cosas a resolver que se irán abordando llegado el momento. Así, ocupar la posición de analista se sirve de formación teórica, del propio análisis y de la supervisión, pero también de un animarse a hacer (¿o a ser?) luego de darse cuenta que esa preparación ideal y perfecta para el rol no llega por sí sola y es utópica.

¿Cuándo hay analista para Lacan?

En la *Proposición del 9 de octubre de 1967* Lacan formula lo que llama una novedad en el funcionamiento de su Escuela, la cual daría solución al problema de la sociedad psicoanalítica². Recordemos que este texto se enmarca en un contexto en el cual había fundado su propia Escuela (EFP) tras su ruptura con la IPA. Esto es de suma importancia ya que además de plantear un nuevo dispositivo (el *pase*) va a dar puntos clave sobre cómo concibe la formación del analista y sobre varias de las preguntas formuladas inicialmente en el presente trabajo.

Comienza con el primer fundamento: “(...) el psicoanalista sólo se autoriza a partir³ de él mismo. Este principio está inscrito en los textos originales de la Escuela y decide su posición. Esto no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación.” (Lacan, 1967, p.1)

Esta afirmación nos da una respuesta a la cuestión de la habilitación del analista y si hay algo que pueda habilitarlo, según esto último -al menos inicialmente- podemos decir que para Lacan no hay una habilitación que venga de afuera, sino que esta surge a partir del psicoanalista mismo. Lo que da lugar a más preguntas: ¿cómo autorizarse a partir de uno mismo? ¿La autorización se trata de un decir a nivel yoico, de una posición subjetiva, de un acto? ¿Se trata de una autorización a partir de un recorrido analítico? ¿Institucional? Cuando habla de “el psicoanalista”... ¿se refiere a todos? ¿a los de la Escuela?

Si bien hay varias traducciones, éstas no dicen ‘se autoriza a sí mismo’ sino ‘a partir de’ o ‘por él’, lo que hace pensar que no consiste meramente en un decir ‘soy psicoanalista’⁴ y como tal estar autorizado, sino que si bien se vale de sí mismo para esto, no sería tan simple (teniendo en cuenta además, que cuando hablamos de ideas lacanianas nunca es algo tan simple y reducido).

Introduce casi inmediatamente el lugar de la Escuela. Como vemos en la cita anterior, esta autorización del analista no excluye que la Escuela garantice que un psicoanalista surge de su formación. Vemos así la idea de una ‘garantía’ -diferente de la autorización previamente nombrada- pero que tiene que ver con la Escuela como institución y que debemos separar de la habilitación del analista en cuanto tal.

² Dice, desde el inicio, que la proposición se tratará de estructuras aseguradas en el psicoanálisis y garantizar su efectución en el psicoanalista. Una novedad de funcionamiento de la Escuela como solución al problema de la sociedad psicoanalítica. Puntualizar esto es importante ya que no dice que es una solución al problema de la formación del analista, ni que apunta a la producción de analistas.

³ Hay variantes de esta traducción al español como “se autoriza sólo de él mismo” “no se autoriza sino de él mismo” “por él mismo”

⁴ Acerca del decir -o no- “soy psicoanalista” y la discusión al respecto esbozaré un poco más adelante.

La autorización o habilitación del analista (que, en tanto es a partir de sí mismo ¿podría decirse que surge del análisis propio?) no podría nunca ser brindada por una Escuela o por alguien más.

Va a agregar que si el analista quiere ser parte de la garantía de la institución puede volverse responsable del progreso de la Escuela. Enmarca dentro de ésta tres grados: el de analista practicante; analista miembro de la Escuela (AME) y analista de la Escuela (AE). Hace énfasis en diferenciar los grados de las jerarquías, ya que no está de acuerdo con que la institución mantenga estos grados o posiciones desde una lógica jerárquica.

El analista practicante es simplemente quien se registra inicialmente en la Escuela “sólo está registrado en ella al inicio a igual título que cuando se lo inscribe como médico, etnólogo y tutti quanti.” (Lacan, 1967, p.1). El AME es un miembro a quien la Escuela reconoce como analista que ha probado ser tal. Destaca que esto se designa en base a un proyecto de trabajo y no en base a calificaciones previas o proveniencias. Por otro lado está el AE; para estar en este lugar es necesario que la persona demande ocuparlo. Se le supone al AE estar entre quienes “(...)pueden testimoniar de los problemas cruciales en los puntos candentes en que éstos se hallan para el análisis, especialmente en la medida en que ellos mismos están en la tarea, o al menos en la brecha, de su resolución” (p.1). Es aquí que propone la novedad del dispositivo del *pase*, el cual luego de transitado permite dar lugar a la posición de AE.

Lacan (1967) habla del análisis propio desde un lugar un tanto distinto al de Freud. Más allá de marcarlo como indispensable o importante va a decir que la terminación del análisis -el cual es ineludiblemente didáctico- es el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista. ¿Es, entonces, la finalización del análisis lo que permite devenir a alguien psicoanalista? Si así lo fuera.. ¿bastaría con eso desde esta postura?

Al decir que todo análisis es “ineludiblemente didáctico” se distancia de aquellas posturas de la época desde las cuales análisis personal y análisis didáctico eran dos espacios necesariamente separados; y donde el último (destinado a quienes aspiraban a ocupar el lugar de analistas) terminaba atrapado en lógicas institucionales burocráticas y jerárquicas. Visto así no existe entonces un tipo de análisis que sea de formación y tenga alguna especificidad con respecto a los demás, todo análisis es didáctico en tanto podrá -al finalizar- dar lugar a un analista.

Propone entonces un nuevo dispositivo para su Escuela - el *pase*- como espacio donde poder dar cuenta que se ha atravesado la experiencia del análisis y se ha llegado a término. El dispositivo consiste en que un miembro que demande ocupar el lugar de AE, dirija esa

demanda a los denominados 'pasadores'. Son estos últimos que tendrán el oficio de tomar testimonio de la experiencia de análisis de quien demanda, para luego transmitirla a un jurado que decidirá si brinda o no el grado de Analista de Escuela al miembro en cuestión. Todo esto forma parte de la lógica de la Escuela como tal y de su intento de dar cuenta de cómo se llega al fin de un análisis y poder transmitir algo de la experiencia analítica.

Es importante distinguir el pasaje de psicoanalizante a psicoanalista del dispositivo del pase, ya que si bien pueden ir de la mano, no son lo mismo. El primero se da en la terminación del análisis, el cual da lugar a este pasaje de analizante a analista. El segundo, propuesto por Lacan, es un dispositivo meramente institucional por el cual se puede elegir si transitar o no, donde se comparte y da cuenta a terceros (pasadores y demás miembros) la experiencia de haber atravesado un análisis hasta su fin.

Surgen también aquí otras interrogantes: ¿Qué es considerado como fin de análisis en este caso? ¿Se puede ocupar el lugar de analista antes de finalizar el propio análisis? ¿Cómo pueden otros -como en el caso del dispositivo de pase - determinar si alguien más finalizó su análisis?

Otra formulación importante de la *Proposición* es el señalamiento de que: "(...) hay un real en juego en la formación misma del psicoanalista" (Lacan, 1967,p.2).

Entendiendo este real en el sentido lacaniano del término, hablamos entonces de algo que no es posible de abarcar por lo imaginario ni lo simbólico; algo de la formación que escapa a la transmisión teórica, a lo dicho, a lo protocolar. Desde esta postura es importante poder reconocer y darle lugar a la existencia de ese real, esa imposibilidad que es necesario atravesar en primera persona y de manera singular, que escapa a todo lo que se puede enseñar y que está en el núcleo mismo de nuestro trabajo. El análisis propio, entonces, sería pensado como una experiencia de choque con ese real que -siguiendo esta línea- haría posible consolidar la función o lugar del analista.

Añade que este real provoca su propio desconocimiento y negación sistemática. ¿Quizá la negación sistemática de este 'real' nos lleva, por ejemplo, a la falsa necesidad de una autorización o validación externa que nos complete? Si bien el dispositivo de pase como tal no tiene este propósito ¿acaso no puede ser en ocasiones erróneamente tomado como instancia de habilitación en tanto analista?

Visto así, la formación del analista es irreductible a un recorrido teórico, a un título universitario o al haber pasado por un dispositivo institucional; reducirla a esto sería -aunque más tranquilizador- caer en una simpleza poco acertada. Lo mismo aplica en el

sentido inverso: considero que no se puede reducir la formación a simplemente haberse analizado.

Más adelante Lacan (1988) reafirma que:

(...) cuando alguien se asume como analista, sólo él mismo puede hacerlo. Esta me parece una evidencia inicial. Cuando alguien se asume como analista, es libre en esa especie de inauguración, que hice entonces y que llamé Proposición. Es libre, puede asimismo no hacerlo (...) (p.120)

Agrega además que eligió expresamente -para quien decida transitar el dispositivo de pase- que el testimonio pueda ser confiado a personas que se encuentren en el mismo punto que quien testimonia [pasadores]; debutantes en la función de analista.

Es evidente, en efecto, que si se va a dirigir a un veterano, a un titular, incluso como suele decirse a un didacta podemos estar seguros de que su testimonio resultará completamente tergiversado. Porque, en primer término, sabe muy bien que el pobre cretino al que se dirige tiene ya tanta experiencia que no sabe absolutamente nada, al igual que yo, porque se comprometió con esa profesión de analista. Yo me acuerdo de eso un poco y me vuelvo a aferrar a ella. Pero la mayoría lo ha olvidado totalmente. Sólo ven su posición de autoridad y, en esas condiciones, se intenta marcar el paso como aquél que tiene la autoridad, es decir, que muy sencillamente se miente. Entonces, intenté que se dirijan siempre a personas que como ellos eran debutantes en la función de analista. (p.120)

En estas citas se subraya de algún modo que la experiencia del pase -voluntaria y no obligatoria- no tiene por objetivo ser un rito que nombra a alguien analista (de hecho ese alguien debe ya haberse asumido tal para pasar por el dispositivo) y que el testimonio de fin de análisis no debe quedar atrapado en una lógica autoritaria. El pasador no está ubicado en un lugar de poder ni tampoco de analista de quien da su testimonio.

El objetivo del pase no es el de declarar o nombrar -como un juez o un cura- a alguien analista. Quizá la confusión radica en perder de vista que se trata de un artificio institucional planteado como importante para la Escuela, Escuela que va a velar por sostener, justificar, respaldar y transmitir el psicoanálisis como práctica (y en ese caso dar garantía) no de

autorizar ni producir psicoanalistas⁵. Ambas líneas son muy importantes, pero es necesario poder visualizarlas de manera separada para no caer en un nuevo reduccionismo.

En conversación con las citas anteriores podemos decir que también Lacan deja entrever cómo la acumulación de experiencia y/o conocimientos teóricos no hace a priori a alguien mejor analista⁶; podemos agregar que por el contrario podría hacerlo llegar a un punto en el que se crea poseedor de un saber tal que lo aleje de su función en tanto le impida cuestionarla y cuestionarse.

⁵ Benjamin Domb (1983) hablando acerca de la Escuela y cómo se diferencia del análisis en cuanto al discurso: “es a partir del decir del analizante que [el análisis] transcurre. En cambio, la institución transcurre a partir del decir de los analistas” (p.80)

⁶ En esta misma línea se puede afirmar que el haber transitado y finalizado un análisis tampoco garantiza a priori que alguien sea mejor analista.

Transferencia y deseo del analista

Tras ver las ideas centrales sobre cómo Freud y Lacan se aproximan a la cuestión de la formación, resulta pertinente también esbozar una respuesta acerca de qué significa ocupar la posición del analista como tal para ellos.

Si bien Freud no habla de “posición del analista” sí describe en varias oportunidades la actitud que un analista debería adoptar en el transcurso de un análisis. Instaura (Freud, 1912) la escucha parejamente flotante de parte del analista como correspondiente a la regla fundamental: la asociación libre por parte del analizante. El analizante deberá decir todo cuanto se le ocurra sin seleccionar ni omitir nada, el analista deberá escuchar todo con la misma atención sin escoger ni priorizar nada, abandonándose a sus “memorias inconscientes”. El énfasis en no priorizar ni seleccionar algunos datos sobre otros radica en que de lo contrario se correría el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya se sabe. “No se debe olvidar que las más de las veces uno tiene que escuchar cosas cuyo significado sólo con posterioridad discernirá” (Freud, 1912a, p. 112).

En este mismo texto, señala la importancia de no poner en juego la propia individualidad del médico, éste “no debe ser transparente para el analizado, sino, como la luna de un espejo, mostrar sólo lo que le es mostrado” (Freud, 1912a, p.117) ni posicionarse desde un lugar pedagógico: “la ambición pedagógica es tan inadecuada como la terapéutica” (p.118).

También introduce en el psicoanálisis el concepto de transferencia, el cual va a ser clave en la cura y en la posición del analista. Va a definirla (Freud, 1905) como una reedición o recreación de mociones y fantasías inconscientes que son sustituidas de la persona anterior (hacia quien eran dirigidas) para dirigirse hacia el médico. “Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico.”(p. 101)

Plantea que todo ser humano -por influjos que recibe en su infancia y disposiciones innatas- adquiere una especificidad para el ejercicio de su vida amorosa, lo que da como resultado un clisé que se repite a lo largo de la vida. (Freud, 1912b, p.97). “El analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace.” (Freud, 1914, pp 151-152).

Pronto advertimos que la transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente. Por eso tenemos

que estar preparados para que el analizado se entregue a la compulsión de repetir, que le sustituye ahora al impulso de recordar, no sólo en la relación personal con el médico, sino en todas las otras actividades y vínculos simultáneos de su vida. (Freud, 1914, pp. 152-153)

En *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (Freud, 1915) muestra cómo la transferencia puede volverse un posible obstáculo para el tratamiento analítico, planteando la situación de un enamoramiento hacia la figura del analista. En cuanto a esto, lo primero que aclara es que hay que poder discernir que el enamoramiento (podríamos agregar que esto aplica también para emociones negativas) no es hacia él como persona. Se trata de algo producido por la situación analítica⁷ y que no es atribuible a sus características personales. Lo plantea como una exteriorización resistencial, puntualizando que el analista no tiene derecho a aceptar esa ternura que se le ofrece ni mucho menos responder a ella. Sofocarla también es una mala idea, ya que sería meramente volver a reprimir aquello que está saliendo a la luz.

Si su cortejo de amor fuera correspondido, sería un gran triunfo para la paciente y una total derrota para la cura. Ella habría conseguido aquello a lo cual todos los enfermos aspiran en el análisis: actuar, repetir en la vida algo que sólo deben recordar, reproducir como material psíquico y conservar en un ámbito psíquico. (Freud, 1915, p.169)

Concluye -respecto a la transferencia de amor- en que lo más acertado sería retenerla pero tratándola como algo no real en tanto es una situación que se atraviesa en la cura. Freud da cuenta de que la transferencia, si bien puede ser un obstáculo para la cura, también es lo que la posibilita: “La transferencia, destinada a ser el máximo escollo para el psicoanálisis, se convierte en su auxiliar más poderoso cuando se logra colegirla en cada caso y traducírsela al enfermo.” (Freud, 1905, p.103) Por ende, lograr manejarla de una forma adecuada sería -en estos términos- un desafío de ocupar la posición de analista.

Lacan va a retomar el concepto de transferencia, aunque no en tanto mera repetición. La va a situar en estrecha relación con el saber, específicamente el atribuido al analista, introduciendo así la noción de Sujeto Supuesto Saber. Además de la relación directa con el saber, la transferencia también está relacionada con el amor.

En el Seminario 8 (Lacan, 1960-1961) va a utilizar el banquete de Platón para plantear el problema del amor, en tanto sería lo que permite comprender lo que sucede en la transferencia y a causa de ella. Va a explicar esto a partir de la pareja erastés (amante) -

⁷ Aclara que esto no significa que ese amor no sea genuino.

erómenos (amado). El erastés se caracteriza por lo que le falta, aunque no sabe qué le falta. El erómenos, objeto amado, se caracteriza por tener algo -que no sabe que tiene- escondido en su interior, esa ágalma⁸ que posee y que es lo que constituye su atractivo. La cuestión, aclara Lacan, es que no hay coincidencia entre lo que a uno le falta, y lo que el otro tiene, y es ahí donde se sitúa el problema del amor.

En esta pareja planteada, el analizante ocupa la posición de *erastés* y pone sobre el analista un saber sobre su deseo (saber que en realidad el analista no tiene). El analista entonces, se ubica como *erómenos*, amado, aunque absteniéndose de responder a esta demanda del analizante, no responde al amor. Allí se produce lo que el autor denomina como la significación del amor en tanto metáfora (por ende, sustitución) “(...) en la medida en que la función del erastés, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del *eromenós*, el objeto amado— ocupa su lugar” (Lacan, 1960-1961, p.51).

¿Qué es lo que va a encontrar el sujeto en el análisis? no es aquello que busca, Lacan responde:

Si parte al encuentro de lo que tiene y no conoce, lo que va a encontrar es aquello que le falta (...) la forma en que se articula lo que encontrará en el análisis es la de aquello que le falta, a saber, su deseo. (Lacan, 1960-1961, p.80)

Introduce así la dimensión de la falta como constitutiva de la relación de amor y como algo necesario para que exista deseo. En relación con esto es que se va articular la noción de Sujeto Supuesto Saber y de deseo del analista.

Va a afirmar que “(...) el sujeto al que se supone saber, en el análisis, es el analista” (Lacan, 1964, p.233) y “en cuanto hay, en algún lugar, el sujeto se supone saber - que hoy abrevié en la parte alta de la pizarra con S.s. S.- hay transferencia.” (p. 240).

Es decir, entonces, que la transferencia está indefectiblemente ligada a esta suposición de saber hacia el analista. Aunque advierte -y esto es importante para nuestro posicionamiento como analistas- que el analista no debe pretender representar un saber absoluto, podríamos decir que debe estar advertido de que no tiene ese saber que el sujeto le supone⁹. De este modo, debe evitar actuar desde la creencia de que es poseedor del mismo. Bonoris (2022) agrega que la paradoja del sujeto supuesto saber es que el analista debe sostenerlo para que el análisis sea posible, pero a la vez debe tener la mira puesta en

⁸ “Lo importante es lo que hay en el interior. Ágalma (...) aquí es, ante todo, joya, objeto precioso - algo que está en el interior.” (Lacan, 1960-1961, p. 164)

⁹ “Esto no autoriza en modo alguno al psicoanalista a contentarse con saber que no sabe nada, porque lo que está en juego es lo que tiene que saber.” (Lacan, 1967, p.4)

su disolución; habla en el nombre de la verdad pero sabiendo que se trata de una posición falsa.

En la medida en que se supone que el analista sabe, se supone también que irá al encuentro del deseo inconsciente. Por eso digo (...) que el deseo es el eje, el pivote, el mango, el martillo, gracias al cual se aplica el elemento-fuerza, la inercia, que hay tras lo que se formula primero, en el discurso del paciente, como demanda, o sea, la transferencia. El eje, el punto común de esta hacha de doble filo, es el deseo del analista, que designo aquí como una función esencial. (Lacan, 1964, p.243)

¿Qué ha de ser del deseo del analista para que opere de manera correcta? Esta pregunta, ¿puede quedar fuera de los límites de nuestro campo, como en efecto pasa en las ciencias (...) en las que nadie se pregunta nada respecto al deseo del físico, por ejemplo? (...) En todo caso, el deseo del analista no puede dejarse fuera de nuestra pregunta, por una razón muy sencilla: el problema de la formación del analista lo postula. Y el análisis didáctico no puede servir para otra cosa como no sea llevarlo a ese punto que en mi álgebra designo como el deseo del analista. (Lacan, 1964, pp 17-18)

Como vemos, se introduce el deseo del analista como una función esencial para la dirección de la cura, donde el analista no se deja capturar por la posición en la que es colocado en la transferencia y va en pos de la emergencia del deseo en el analizante. Plantea además, que la función deseo del analista es un punto muy importante en lo que a la formación respecta, es por eso que interesa puntualizarlo en el presente trabajo.

¿Cómo se encarna tal función? ¿Qué significa?

Bonoris (2016) comienza por explicar la fórmula lacaniana de que el deseo es deseo del Otro:

Que se desee en cuanto Otro significa que el problema del deseo para el psicoanálisis no remite al objeto del deseo, es decir, a la pregunta por lo que se desearía, sino a las condiciones deseantes, en otras palabras, a la cuestión por cómo se desea o desde dónde se desea. Lo fundamental es que se desea como alteridad, que no existe nada como “mi propio deseo”. (Bonoris, 2016,p.45)

Entonces, va a agregar que el analista no debe ocupar el lugar de objeto de deseo del analizante, ni tampoco indicarle cuál es ese objeto, sino que debe prestarse a una función deseante, ocupando un lugar vacío.

En palabras de Lacan: “las coordenadas que el analista ha de ser capaz de alcanzar para, simplemente, ocupar el lugar que le corresponde, queda definido como aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro” (Lacan, 1960-1961, p. 125).

Bonoris (2016) señala que para que el analista ocupe ese lugar vacío es fundamental que, en principio, no comprenda¹⁰; que los dichos del analizante no sean apresados bajo ninguna red hermenéutica. No interpretar los dichos del analizante de alguna forma que no se desprenda de la propia lógica del texto. Agrega que el análisis avanza más y mejor, en la medida en que el analista no sepa qué es lo que el analizante desea, ahí radica la dificultad máxima: asumir una posición plena de incompreensión, de docta ignorancia.

Lacan (1962-1963) introduce al objeto *a* como causa del deseo (no como objeto de deseo, sino como causa) objeto *a* del cual el analista deberá ser semblante¹¹. Calderón (2012) plantea que el deseo del analista implica una renuncia advertida del goce para que justamente ahí donde eso era, advenga, en su lugar, el sujeto del deseo. El deseo del analista le permite a éste hacer advenir al objeto (*a*) causando así el deseo del analizante.

El analista debe rechazar la posición de ser el amado, pero también la del amante. No debe dar señal de su deseo más que por soportar la falta que representa bajo el velo del objeto (*a*). Más precisamente, el analista se ubicará en el lugar del vacío -paraje donde su deseo, en tanto deseo del Otro- quedará eclipsado (...) (Calderón, 2012, p.6)

El deseo del psicoanalista constituye un deseo orientado a producir la emergencia del deseo como tal, ahí donde un vacío se produce entre lo que el analizante ofrece y lo que el analista realmente tiene. Ese agujero es el objeto (*a*) que el analista encarna. Por su parte, la instalación de la pulsión le permite al psicoanalista encarnar el objeto (*a*) y hacer de su semblante en el cuadro del fantasma del analizante. (Calderón, 2012, p.7)

Rodríguez Ponte (2005) destaca que es el análisis propio lo que permite alumbrar ese deseo, el deseo del analista:

(...)un deseo muy singular, raro, definido por relación a lo que Lacan llama sujeto supuesto saber. Es decir, qué hacer con este sujeto supuesto saber que funciona

¹⁰ “Una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado, comprender más de lo que hay en el discurso del sujeto. No es lo mismo interpretar que imaginar comprender. Es exactamente lo contrario.” (Lacan, 1953-1954, p. 120)

¹¹ “Semblante: m. apariencia (el aspecto o parecer)” (Real Academia Española, s.f, definición 4)

todo el tiempo en nuestra experiencia, no solamente en el análisis, aunque es precisamente en el análisis donde es posible aislarlo en su pureza. Una posición que haya experimentado la caducidad de ese sujeto supuesto saber, y que quiera reiterar ese momento de caducidad, me parece que sólo una experiencia como la del análisis lo permite. (párr. 6)

Considero que uno de los puntos más importantes a entender de la noción de deseo del analista -y quizá puede aplicarse a varios conceptos lacanianos para no tomarlos en su literalidad- es que no se trata de un deseo personal del analista, tampoco del deseo de ser analista, ni del deseo de curar. Se trata de una **función** que hace posible que el análisis se produzca, y que algo del orden del deseo del analizante pueda abrirse paso. Siguiendo a Rodríguez Ponte podemos pensar que el analista -en su propio análisis- adquiere esta capacidad de poder desprenderse de su propio deseo en cierta forma para poder ocupar la posición de analista.

Bafico (2022) comenta al respecto de las interpretaciones: “cuanto más rimbombante sea la interpretación, más florida, menos efectiva será; eso es una explicación, es un cuentito que le hacen al paciente. La interpretación tiene que generar un vacío, si no genera un vacío¹², no es una interpretación” (p.102). En el caso de una explicación, el analista estaría justamente otorgando sentido, podríamos decir que estaría comprendiendo. La idea es, justamente, poder romper con el sentido para que algo diferente pueda surgir.

Bafico (2022) agrega que al comenzar un análisis hay dos posibilidades para el analista: ubicarse como *a'* (*a prima*) o en *Otro*. En la primera ubicación podría ubicarse como ideal (lo que se da en algunas psicoterapias), pero esta no es la idea del análisis. Se trata de romper el sentido para provocar la división subjetiva del sujeto, tratar de llevarlo a otro lugar que es el fantasma, la fantasmática del sujeto. Va a finalizar la idea: “al actuar desde ese lugar [del Otro] se ubican como analistas. Ya no tiene que ver con ser analista o no ser analista” (p.60).

Esto último, descentrar el asunto del ser o no ser, es una idea fundamental. Considero relevante puntualizar además que el deseo del analista, en tanto función, va a brotar de diversas formas que harán también a la singularidad de cada caso, y, como muchas otras nociones que veremos en el presente trabajo, es imposible de ser prefijado en una intervención o acto puntual que pueda ser generalizable.

¹² Es importante no confundir ocupar ese lugar de vacío, falta, con hacer silencio; ya que nada tiene que ver con eso.

Capítulo 2

“Formar analistas ha sido, y sigue siendo, la meta de mi enseñanza.”

(Lacan, 1964, p.238)

Entonces ¿cómo se forma un analista?

Si bien Freud ya lo había planteado como punto importante de la tríada¹³, Sándor Ferenczi en 1928 enunció el análisis del analista como la **segunda regla fundamental** del psicoanálisis: quien desee analizar a los demás debe primero ser él mismo analizado. Esta forma de nombrarlo pone en ello especial énfasis.

Es fácil reconocer a los analistas no analizados (silvestres) y a los pacientes incompletamente curados, en que sufren una especie de «compulsión a analizar»; la movilidad libre de la libido tras un análisis acabado, permite por el contrario dirigir el conocimiento propio y el dominio propio analíticos, sin que esto impida gozar simplemente de la vida. El resultado ideal de un análisis acabado es precisamente esta elasticidad que la técnica exige también al analista. Y ello es un argumento más a favor de la necesidad absoluta de la segunda regla fundamental del psicoanálisis. (Ferenczi, S, 1928a, p.7)

Sostiene que esta segunda regla fundamental es esencial y es la que otorga al analista esta elasticidad necesaria para la técnica, a la cual sólo se llega luego de atravesado un análisis. Esta elasticidad permitiría poder adaptar la técnica a cada caso, sostener la escucha y no quedar atrapado en una rigidez dogmática. Habla de una compulsión a analizar que se puede percibir en aquellos a quienes denomina “analistas silvestres” que no han sido analizados y que no poseen una “movilidad libre de la libido”.

En una conferencia dictada en Madrid (Ferenczi, 1928b) desarrolla acerca de la formación psicoanalítica y cómo se diferencia de aquellas profesiones en las cuales un determinado número de exámenes aprobados confieren el derecho a ejercer. Va a decir que la experiencia psicoanalítica muestra que -en esta área- para practicar el oficio no alcanza con dar cuenta de conocimientos de ese orden, sino que es indispensable un estudio profundo de nuestra personalidad y una observación rigurosa de nuestras mociones psíquicas y afectivas. Para comprender el material psíquico recogido por otros es necesario aproximarse a los propios procesos psíquicos e intelectuales, y esto sólo es posible

¹³ Análisis propio, formación teórica y supervisión.

pasando por la experiencia de un análisis personal. Agrega que el método psicoanalítico ayuda al futuro analista a descubrir al máximo y poder dominar el inconsciente. Esto es para Ferenczi lo esencial de la formación analítica; lo teórico y práctico sólo puede venir después del propio análisis. No dice que estas últimas dos no sean necesarias aunque sí hace hincapié en la importancia del análisis propio: una especificidad que distingue a esta formación de otras.

Rodríguez Ponte (2005) sitúa que el elemento número uno en la formación del analista es el análisis del mismo, el cual para él se encuentra muy lejos del punto número dos. Afirma: “el analista se hace en el análisis. Este para mí es el punto principalísimo” (párr. 2) y luego agrega que no sabe si con el análisis es suficiente pero sí tiene la certeza de que sin él no hay analista.

Bonoris (2022) critica las posturas donde se coloca la experiencia del análisis personal por encima de los otros dos pilares de la tríada formativa. Su crítica no es hacia la importancia del análisis propio, sino al menosprecio de la teoría. Expresa que algunos autores la colocan en un lugar no importante, pasado, irrelevante y que quedaría hasta obsoleto¹⁴ en comparación con lo realmente importante: la experiencia analítica. Para él, los tres puntos son igualmente importantes. Hace un especial énfasis en la formación teórica debido a que es la que -desde su perspectiva- se tiende a solapar: “un modelo teórico sólido no garantiza un buen análisis, pero su ausencia pronostica uno malo” (p.27).

(...)¿Quién dudaría a la hora de afirmar que el propio análisis es fundamental para ser analista? La pregunta que debemos hacernos es por qué esa sería la razón decisiva, la más importante. ¿No es igual de necesario que para analizar el analista sepa sobre teoría psicoanalítica (y sobre tantas otras cosas)? (...) ¿Pueden existir condiciones necesarias más importantes que otras? Lo que es seguro es que si son necesarias ninguna puede faltar. Sin embargo, casi nunca se afirma la necesidad de la formación teórica y de la lectoescritura del caso. (Bonoris, B., 2022,p.37)

Podemos afirmar que, a rasgos generales, hay un consenso en el psicoanálisis sobre la necesidad del análisis del analista, además ¿por qué no analizarse y someterse en primera

¹⁴ Uno de los autores a los que remite directamente en este punto es a Miller (2008, como se citó en Bonoris, 2022) y a su explícita reducción de la teoría a algo que está en el pasado y hacia lo cual los analistas que ya practican experimentan ternura: les recuerda a su juventud y a cuando no sabían cómo hacer. Miller define a la teoría como un comentario de la experiencia.

persona a la técnica con la cual, justamente, aspiramos a trabajar? El punto de discusión, o desde el cual se entrecruzan diferentes posturas, es qué lugar ocupa ese análisis propio en la formación¹⁵: ¿Es lo más importante? ¿Es un punto más con igual peso que el resto? ¿Nos asegura algo? ¿Basta con analizarse una vez en la vida? ¿Es imprescindible llegar al fin del análisis? y en ese caso ¿cuál es el fin de análisis? ¿Desde dónde es posible posicionarse mientras ese fin aún no llega?

No trataré de responder en este trabajo minuciosamente a todas estas preguntas, a las cuales además podemos encontrar respuestas y elaboraciones diversas, pero sí es importante saber que todas se ponen en juego a la hora de pensar la cuestión de cómo se forma un analista.

En una entrevista realizada a Alfredo Eidelsztejn (2017), ante la pregunta acerca de su punto de vista respecto a la formación universitaria del analista, responde que no hay una fórmula privilegiada para hacerse analista, y que no importa tanto si posicionarse a favor o en contra de los estudios universitarios; lo fundamental es el estudio, sea universitario o no.

Mucha gente ha fracasado en el intento de hacerse psicoanalista pero no lo sabe, cree que porque se analizó muchos años y porque atiende pacientes ya está, pero lamentablemente no hay al respecto garantía alguna.

Para mí ¿en qué radica hacerse analista? Es una pregunta parecida a la de ser filósofo o la de ser científico. ¿Cómo se hace un científico? o ¿Cómo se hace un filósofo? o ¿cómo se hace igualmente un guitarrista?, hay cosas que no son estandarizables, para mí no es un camino con una meta fija. (Eidelsztejn, 2017, párr. 3-4)

¹⁵ Klein, por ejemplo, afirma que el fin de análisis daría como resultado un sujeto con yo bien integrado y fortalecido, que ha podido elaborar satisfactoriamente las ansiedades persecutoria y depresiva. (Klein, 1950). Ferenczi, en lo citado anteriormente, sostiene que quien finaliza un análisis obtiene una elasticidad requerida para la técnica y para poder dominar el inconsciente. Freud trae al análisis propio como lo que brindaría la aptitud que hace falta para ejercer la profesión. Lacan habla del fin de análisis como un pasaje de psicoanalizante a analista. Si bien para todos ellos el análisis del analista es necesario e influye en la formación, lo conciben de distintas formas y le confieren diferente peso.

¿Por casualidad?

Público: Me refería sobre todo a la producción de analistas, a ese tema.

Jean Allouch: ¿A la producción de analistas?

Público: De un analista, sí

Jean Allouch: Sí, ¿qué?

Público: Que me hace problema eso. ¿Cómo se forma un analista, cómo se produce un analista?

Jean Allouch: [Hace un silencio] Por casualidad. [Risas] [...] No hay un dispositivo que pueda decidir de una manera general para todos, eso no existe. Por eso mi respuesta

(Facultad de Psicología Universidad de la República, *Charla con Jean Allouch*, 2018, 1h2m41s).

¿Será entonces que, al decir de Allouch, un analista se forma por casualidad? Confieso que la primera vez que escuché esta entrevista, hace un par de años, me pareció una respuesta un tanto absurda y no me causó gracia (de hecho, me molestó). A mí también - como a la persona del público que formuló la pregunta- “me hacía problema” este asunto. Quizá porque lo tranquilizador sería tener una serie de pasos a seguir que pudieran confirmar que uno es analista.

Lo que Allouch plantea es lo opuesto a esto último, diciendo justamente que no hay un dispositivo que pueda producir¹⁶ analistas de una forma única y general. No existe algo así como una máquina que fabrique analistas. ¿Qué implica esto? ¿Se puede pensar entonces en distintos dispositivos particulares para así poder optar por uno u otro?

De todos modos, aún dentro de dispositivos particulares, el poder ocupar esa posición y cómo se haga va a ser un recorrido singular. Entiendo que en esta incapacidad de

¹⁶ De hecho, algunas definiciones de la palabra producir son: “Engendrar, procrear, criar. (...)Procurar, originar, ocasionar (...)Fabricar, elaborar cosas útiles” (Real Academia Española, s.f). Puede que el problema esté también en pensar nuestra posición y formación desde lógicas un tanto capitalistas y ajenas a la subjetividad.

generalizar la formación se juega la singularidad en la que radica algo del orden del choque con ese real mencionado antes, no predecible ni posible de ser prefijado.

Gustavo Castellano (2022) dialoga con estas palabras de Allouch, y con varias de las nociones trabajadas aquí. Comienza -nada más ni nada menos- afirmando que un analista nunca debería ser alguien formado.

La experiencia sirve de muy poco en psicoanálisis, vale decir que es mucho mejor no estar (con)formado. Trataré de explicarme más claramente. Según entiendo, en la clínica analítica, se trata de prestarse para que alguien pueda maniobrar —con sus palabras, con sus imágenes, con sus silencios— a quien ofrece su escucha; que pueda darle una cierta forma, que pueda construirse un analista a su medida. (Castellano, G., 2022, p.103)

Castellano va a jugar con la definición de formar en tanto darle forma a algo, afirmando que el analista, lejos de estar ya formado y rígido, debería ser maleable para que sea el analizante quien le pueda adjudicar la forma que necesita que tenga. Propone además que la afirmación de Allouch respecto a la inexistencia de un dispositivo general podría ir en la línea de pensar a la formación en un régimen equiparable al de la clínica del caso por caso. Esto último -idea muy difundida en el ámbito psicoanalítico- apunta a no trabajar con técnicas o intervenciones prefijadas, no encasillar, abrirse al despliegue de la exclusividad y singularidad e ir actuando según eso. Dejar de lado toda experiencia de casos previos a la hora de enfrentarse a uno nuevo.

Pensar la producción de un analista en un régimen de caso por caso, afirma el autor, implica asumir que no hay manera de construir una fórmula o programa estándar dentro del cual se produciría un analista; ya que lo que produjo algo en alguien quizá no lo haga en otra persona. Podemos decir así que no hay dos maneras iguales de formarse, en tanto este choque con el real de la formación o este pasaje de analizante a analista se da en un proceso singular e irrepetible. Estos autores continúan descentrando -como también lo hace Lacan en la proposición- la cuestión formativa de lo meramente teórico o universitario.

Castellano (2022) agrega que un análisis sólo puede ser denominado didáctico en un tiempo posterior, no se puede planear de antemano que así lo será antes de que ocurra. Enlaza esto con poner entre signos de interrogación que un analista se pueda formar en una carrera universitaria: “para decirlo con todas las letras, no hay formación del psicoanalista en el sentido de los estudios universitarios terminados, en el sentido de completar una carrera, que nos daría un saber suficiente para ponernos a trabajar” (p.105). No obstante, aclara que esto no debe ser entendido como una instigación a abandonar lo

teórico, no sostiene una postura respecto a la teoría como algo obsoleto o pasado sino todo lo contrario.

(...)¿Se trata, entonces, de abandonar los textos?; ¿se trata de quedar librado a la casualidad?, ¿a algo que en algún sitio estaría escrito o predestinado?; ¿algunos nacen para analistas?, ¿otros no? Nada de eso. Sin duda alguna, hay que leer textos y, en lo posible, hacerlo con otros. Leer y trabajar textos, no para comprender o repetir teoría, sino como un ejercicio, una disciplina, una práctica que luego de leer nos haya vuelto otros, que nos coloque en cierta ajenidad. (Castellano, 2022, p.105)

Destaco de esta cita la forma en la que se desmiente que la función del analista surja de una cualidad innata o de algo predestinado, lo cual además guarda mucha coherencia con la línea que adopta y pretende cuestionar el presente trabajo.

En conversación con las ideas que se vienen articulando, considero crucial evitar la radicalización de las posturas, por ejemplo, creyendo que como el análisis propio es indispensable para ocupar la función entonces debemos abandonar la teoría, o que como la teoría juega un papel importante entonces el análisis no.

Me permitiré además poder diferir un poco de la frase de Allouch de que un analista se forma por casualidad, justamente porque esta casualidad -como dice Castellano- nos puede dejar “librados” a ella. Si es casualidad¹⁷ ¿de quién depende?

Si nuestra idea es alejarnos del oscurantismo que se puede generar en el campo psicoanalítico y no caer en lo sobreentendido, decir que un analista se forma por casualidad (si bien suena interesante) puede resultar impreciso, azaroso, vago, contribuyendo justamente a lo que no queremos. Que la formación del analista tenga elementos que no se pueden prever o que no pueden ser estandarizados no significa que sea algo que suceda sin que hagamos nada voluntario o pensado por ello. Aún sabiendo que Allouch apunta a la no generalización de un dispositivo formativo, la expresión puede resultar engañosa.

¹⁷ “Casualidad: f. Combinación de circunstancias que no se pueden prever ni evitar. Sin.: azar, suerte, accidente, albur, acaso, eventualidad, imprevisto, contingencia (...)” (Real Academia Española, s.f)

De lo intransmisible

Como ahora empiezo a pensar, el psicoanálisis es intransmisible. Es bastante aburrido. Es muy aburrido que cada psicoanalista se vea obligado, como hay que obligarlo, a reinventar el psicoanálisis. Si dije en Lille que el pase me había decepcionado, es precisamente por eso, por el hecho de que cada psicoanalista tiene que reinventar, según lo que ha sabido sacar del hecho de haber sido un tiempo psicoanalizando, que cada analista reinventa la forma en que el psicoanálisis puede durar. (Lacan, 1979, p. 219)

¿Es posible transmitir el psicoanálisis? ¿Es posible transmitir la experiencia analítica? ¿De qué modo? Si bien en la cita anterior Lacan afirma que el psicoanálisis es intransmisible... ¿Acaso no pasó toda su vida tratando -de alguna forma- de transmitirlo? Que cada psicoanalista se vea obligado a reinventarlo ¿Implica que no hay transmisión?

Feinsilber (2008) sostiene en cuanto a la transmisión que debemos diferenciarla de algo que pudiera considerarse como una comunicación, puesto que se trata de la transmisión determinada desde lo inconsciente. “Debemos tomar en cuenta que hay algo transmisible y algo intransmisible en psicoanálisis.” (párr. 2) “En lo tocante al llamado sujeto(...) la transmisión entonces lo es de y desde la determinación del Otro. Hace así a lo particular, a lo que oponemos lo singular, ahora por lo tanto en lo que hace a lo intransmisible. Si lo particular se caracteriza por ser transmisible, lo singular lo es por lo intransmisible.” (párr. 2).

En el primer capítulo de *Introducción al método psicoanalítico* (1997) Jacques-Alain Miller agrupa intervenciones que realizó en el seminario del Campo Freudiano en Brasil. Allí, a modo introducción a lo que luego desarrollará acerca del método, postula:

Porque lo que es manifiesto es que, efectivamente, no tenemos, en la orientación lacaniana, patrones. (...) Entonces, debemos indicar que, si en la práctica no tenemos patrones, tenemos principios. Y es necesario tratar de formalizar esos principios. (...) Es verdad que esos principios, principios de la práctica, se transmiten sin explicitación a través del propio análisis. O si no, se transmiten a través de la supervisión. Entonces, y esto me preocupa, hay una distancia entre lo que se puede hacer en análisis, o en la supervisión -en estos encuentros singulares, uno a uno- y con las multitudes que se reúnen bajo la insignia del Campo Freudiano. Es por esa razón que debemos buscar una manera de transmitir esos principios también a las multitudes, a pesar de no poder transmitirlo todo. Y esto nos lleva a hablar, con mucha precisión, de los principios de nuestra práctica. Es importante que el analista

no se quede sólo con su práctica sino también que observe la práctica de sus colegas. (pp. 14-15)

Aquí se toca un poco el asunto que veíamos respecto a que no hay patrones, no hay un modelo establecido que se pueda repetir en nuestra práctica, ni para intervenir, ni sobre cómo ocupar el deseo del analista, ni sobre cómo formarse; se va a jugar la singularidad todo el tiempo. Este es uno de los puntos donde se encuentra la dificultad de la transmisión ¿Cómo transmitir algo que no tiene una forma/modo fijo de presentarse? ¿algo que es tan maleable?

Como veíamos en la cita de Miller, él destaca que si bien no hay patrones esto no significa que no haya nada: hay principios. Los cuales, agrega, se transmiten -sin explicitarse- a través del propio análisis y supervisión. Para él es necesario sean transmitidos también de otro modo, por ejemplo, en espacios como el seminario en el cual está hablando; hacia lo que va a denominar "multitudes". Podríamos trasladarlo a las instituciones en general. Si bien hay algo que sin duda no es transmisible de la experiencia analítica sin pasar por ella -como de ninguna experiencia- esto no quita que se haga lo posible para transmitir lo que sí se pueda, contribuyendo a la enseñanza y a la divulgación del método. Si bien la transmisión no es completa, ¿acaso algo lo es?

El empleo de casos clínicos, por ejemplo, es una vía para intentar transmitir estos principios de la práctica. Se trata de ejemplos que, si bien deben ser presentados como tal y no como algo generalizable, ilustran los principios que guían nuestra práctica. Logran ejemplificar varios conceptos que de lo contrario quedarían en un plano demasiado abstracto. Si bien hay bastante controversia en el ámbito respecto a su uso, es indudable que constituyen un intento de transmisión¹⁸. Si bien siempre queda un resto, eso que falta y que no es posible transmitir del todo, considero necesario estar advertidos de ello -y de que ningún ejemplo/noción debe tomarse como un saber cerrado- pero no por eso renunciar a los intentos de transmisión.

El *pase* fue creado por Lacan para dar cuenta del fin de la experiencia de análisis, y de ese pasaje de analizante a analista que formula en su proposición. ¿No fue acaso un intento de hacer transmisible algo de la singularidad de la experiencia? ¿De ponerlo, de algún modo, en el plano de lo particular? Quizá por eso la decepción al chocar con la intransmisibilidad

¹⁸ Grau-Pérez, G. (2024) habla acerca de la controversia respecto al uso del caso clínico. Sostiene la importancia del mismo para la formación del analista y agrega que: "para poder poner en juego la diferencia de cada caso, su singularidad, es necesario contar con ejemplos a partir de los cuales establecerla: para mostrar que un caso no hace serie con otros, se necesita tener previamente una serie" (p.57).

que denuncia en la cita al comienzo del presente capítulo, ya que justamente, lo singular se caracteriza por ser único, y así, irrepetible. Sin embargo, que cada uno tenga que reinventar el psicoanálisis es una dificultad a la hora de transmitirlo, pero también lo que hace que nuestra práctica funcione y siga en movimiento.

Castellano (2022) lo expresa de la siguiente forma:

Como corolario de ello [de la intransmisibilidad], estamos condenados a reinventar el psicoanálisis, a reinventar —para ser un poco más modestos— nuestra práctica, lo que necesariamente quiere decir, también, actualizar: hacerla tan actual y ajustada a la singularidad de cada situación como sea posible. (p.108)

Laurent (2000) aborda este tema y ante la pregunta acerca de si está de acuerdo con la afirmación de que no toda transmisión es enseñanza pero la enseñanza es un modo de transmisión posible, responde:

Sí, es una cuestión de definición de la enseñanza. Cuando esta es una verdadera enseñanza (...) se dirige hacia lo no sabido. Si la enseñanza es una enseñanza, uno enseña al borde de su ignorancia, en el punto del desconocimiento. Cuando lo consigue, es como la interpretación analítica, que funciona cuando incluye el silencio. Si incluye el *silét*, entonces es eficaz; si no, es solamente una explicitación. En la enseñanza hay que incluir lo imposible de enseñar. Aquí se ubica la articulación entre transmisión y enseñanza. (p. 24)

El autor incluye así, el lugar de lo no sabido en la enseñanza, de aquello, como dice, imposible de enseñar. Poder enseñar que hay algo imposible de enseñar es, siguiendo esta línea, lo crucial del asunto, y también el mayor desafío.

Capítulo 3

Ser o no ser ¿esa es la cuestión?

A lo largo del presente trabajo, atravesando la cuestión de la formación del analista como tal, se deja asomar de fondo una discusión aún más compleja: la que respecta al *ser* del analista. ¿Existe algo así como el *ser* analista? o, como se interroga al inicio: ¿es una posición a ocupar por momentos? ¿El analista es analista todo el tiempo, aún fuera del consultorio? E incluso dentro del consultorio: ¿siempre es analista?

En relación a esto, Castellano (2022) le da una vuelta de tuerca a la expresión de Allouch anteriormente citada, donde dice que un analista se forma por casualidad. Castellano plantea, yendo en la dirección opuesta a la ontologización del analista, el lugar de la casualidad de un modo -desde mi punto de vista- mucho más fructífero para pensar la posición del mismo.

Si el inconsciente es producido por el analista —que a su vez es producido por el analizante— y si eso es fruto de la casualidad, me atrevería a decir que, de tanto en tanto, algo nombrado analista (...) se produce en algunas privilegiadas ocasiones. Y me refiero a algunas sesiones y los efectos subjetivos que tienen para aquel que se aventura en la riesgosa posición de ponerse a hablarle a otro. Porque también este analista que se produce por casualidad —cada tanto, en algunas sesiones— es el producto efímero, evanescente, de un acto del decir que brilla como un relámpago en el cielo claro del parloteo, cuando el cuerpo es tocado y estalla o, mejor, ¡ya está! Ciertamente no es mucho, hasta es bien poquito. Pero por ahora —como decía un querido amigo— no hemos encontrado algo mejor. (Castellano, 2022, p. 109)

Esta cita me parece un tanto fascinante ya que logra incluir a la casualidad, pero de un modo distinto -a mi entender- que el de Allouch. El autor concibe al analista como producido en el acto analítico, y éste ocurre cuando se logra tocar algo de lo real mencionado antes, cuando se genera ese vacío que hace que se produzca la interpretación, que algo se mueva, que se pueda ver de otro modo. Y es ahí, donde puede decir que obra la casualidad.

Miller define al acto analítico como:

(...) Distinto de cualquier acción, el acto analítico no consiste en hacer, sino en autorizar el hacer del sujeto. (...) es como tal un corte, es practicar un corte en el discurso, es amputarlo de cualquier censura, al menos virtualmente. El acto analítico

es liberar la asociación -es decir, la palabra- de lo que la constriñe, para que discurra libremente. Y entonces constatamos que la palabra liberada recupera recuerdos, pone en presente el pasado, y bosqueja un porvenir. (Miller, 2008, p.40)

Bafico (2022) agrega que:

En el psicoanálisis como práctica lo real se define a partir de lo que tiene lugar, lo que nos sucede como por azar. (...) Lo real se sitúa siempre del lado del mal encuentro, de lo que irrumpe, de lo que sucede a veces demasiado pronto, a veces demasiado tarde, pero nunca en el momento adecuado. (p. 78)

Quien hace las veces de analista se presta a ocupar esa función deseante, ese lugar vacío, para que algo del orden del deseo del sujeto pueda surgir. Interviene en esa línea, apuntando al sinsentido, a romper o abrir de algún modo el discurso, aunque no siempre se dé algo de esto. Podemos decir que el pensar al analista como lo que se produce en el acto analítico en sí, implica admitir que el azar o la casualidad sí tienen una cuota de protagonismo en este surgimiento del analista, pero a su vez, implica que no se es analista de una vez y para siempre sino que es algo móvil, momentáneo.

Rodríguez Ponte (2005) aclara que "analista" no es una persona ni una propiedad que emana de alguien que se ofrece como tal, y postula que hay una confusión al respecto.

Algunos parecen creer que todo lo que hace un analista es analítico, y no es así. Para mí, analista es una posición y un momento, muy puntual y particular, en el curso de la sesión de análisis. Es una posición, y el análisis del analista es lo que permite alcanzar cada tanto esa difícil, inhumana posición. Una posición que Lacan llama de distintas maneras: "deseo del analista", " prescindir de lo patético", "atenerse al discurso y nada más", etc. No se trata de no experimentar sentimientos. (...) Pero posterga eso [sus propios sentimientos], lo pone aparte, para atenerse a lo que escucha. Me parece que esa posición subjetiva, no digo que es imposible sin análisis, tal vez no esté mal matizar un poco, pero es muy difícil sin haber pasado por el análisis. (párr. 4)

Eidelsztein (2017), en la entrevista mencionada al inicio del trabajo, sostiene una idea similar, afirmando que "no hay ser del analista, nadie es analista y nadie puede decir 'no eres analista', no hay ser del analista" (párr. 9). Y, ante la afirmación del entrevistador acerca de que un analista en formación es alguien siempre incompleto, responde:

Eso es porque no tiene ser y queda abierto. También muchos psicoanalistas que son absolutamente haraganes que ven películas en Netflix o series en HBO, dicen: "yo

no soy completo, yo no sé qué es ser analista” y siguen viendo series de HBO. (párr.14)

Con esto último pone énfasis en que la incompletud que caracteriza la formación del analista -donde además se juega lo intransmisible de la experiencia que mencionábamos antes- no es sinónimo de estancamiento. Por el contrario, podemos afirmar que es esta falta, esta incompletud lo que debería posibilitar el movimiento, funcionar como motor para ese reinventar el psicoanálisis del que hablaba Lacan.

Entonces, siguiendo a estos autores, *analista* es una posición a ocupar por momentos, que implica varias particularidades que se han desarrollado en el presente trabajo, pero que quedaría circunscripta a la experiencia analítica misma, es decir, no hay analista por fuera del dispositivo analítico.

Además, teniendo en cuenta la función del deseo del analista y cómo posicionarse desde este lugar, está claro que es una función que tiene su particularidad en el análisis¹⁹, ya que uno no va por el resto de la vida ‘suspendiendo’ de ese modo su deseo propio, ni tratando de generar un vacío en las conversaciones cotidianas. Es una posición, como plantea Rodríguez Ponte más arriba, inhumana, atípica, y que es posible ocupar -en parte- gracias al análisis propio.

¹⁹ Por ende, tampoco podemos decir que alguien es buen o mal analista por su formación teórica, por su lugar dentro de una escuela o por sus años de análisis personal, ya que la verdadera evidencia de tal cosa -y a la que no podríamos acceder salvo que estuviéramos en lugar de analizantes- sólo puede darse dentro de la experiencia misma de análisis. E incluso así, el analista como tal no va a emerger de la misma forma en todos los casos.

Conclusiones

Si bien -como puede leerse al inicio- lo que motivó este trabajo fue una genuina búsqueda de respuestas a la pregunta de cómo se forma un analista, en el transcurso de la elaboración del mismo y luego de atravesar mi práctica de graduación (la cual, por suerte, me hizo cuestionar muchos de los supuestos que tenía) caí en la cuenta de que más que respuestas, el verdadero asunto eran las preguntas.

Castellano (2022), acerca de ocupar la posición del analista y del propio análisis afirma:

(...) Lo verdaderamente relevante es que alguien que emprende ese tránsito de interrogarse y de, eventualmente, encontrar algunas respuestas —y descubrir también que, si alguna cosa no abunda, son las respuestas—, con algo de ese saber que allí se produjo, es que se ve empujado a ocupar el lugar que algún otro antes ocupó para él, aunque definitivamente no se trate del mismo. (p.103)

La primera vez que me formulé la pregunta acerca de la formación tenía la ingenua ilusión de que hubiera un recorrido teórico, analítico o institucional que pudiera habilitarme en algún momento como analista, para finalmente poder llegar a 'ser', como si se tratara de una meta concreta y acabada. A lo largo del camino, las interrogantes fueron las que hicieron de puente para seguir avanzando, y para poder ver que el asunto tenía muchas más aristas de las que se podían observar a simple vista.

Desde diferentes autores se pudo ir viendo lo que es considerado importante según cada uno para poder ocupar esa posición, y, la importancia de poder repensar al analista como posición o función a ocupar, y no como algo a lo que aspirar a 'ser'. Esto último, poder pensar al analista por fuera del ser, nos obliga a concebirlo como algo móvil y despegarlo de la persona que ocupa su lugar.

Caí en la cuenta de que aquella primera ilusión, la de una meta a llegar o un momento en el que uno estaría 'listo'/'cerrado'/'preparado' por completo, deja por fuera la interrogante, la incertidumbre, el movimiento, la falta, por ende, deja también por fuera la posición del analista.

A su vez, el modo en el que circula el saber y cómo se concibe y transmite dentro de nuestro ámbito influye de manera directa en la formación. ¿Somos capaces de incluir ese no saber, el cual es además uno de los desafíos de nuestro oficio? ¿Podemos integrar la falta como motor?

Hace poco leí una frase acerca del saber que creo está directamente relacionada con la formación y lo que aquí se problematiza:

Más importante que saber, es la relación que tengamos con el saber: ¿esa relación nos estimula a pensar o inhibe que podamos hacerlo? ¿Creemos que la verdad está siempre por advenir, nunca del todo revelada y, por lo tanto, nadie la posee? ¿O creemos que está ya revelada, y, entonces, el mundo se divide entre quienes saben y quienes no? Esto último produce efectos de fascinación, por un lado, y profunda inhibición, por el otro. Fascinación con quienes parecen detentar este saber; profunda inhibición con respecto al propio pensamiento. (Asociación Libre, 2025)

La lógica universitaria o institucional muchas veces hace que quedemos posicionados en esta dinámica de fascinación ante algunos, que son quienes parecen ‘poseer’ el saber, creyendo así que un título o un lugar dentro de determinada institución nos serviría de aval de nuestras cualidades para ejercer una determinada función.

El presente trabajo no finaliza con una única respuesta acerca de cómo se forma un analista. De hecho, podría finalizar afirmando que un analista nunca se forma por completo. Esto último, lejos de ser un fracaso es lo que permite que la posición pueda seguirse ocupando de múltiples formas, que podamos repensarnos y repensar nuestra práctica.

Por último, considero que la elaboración del mismo tuvo para mí un gran carácter formativo, permitiendo abrirme a nuevos modos de relación con el saber (y con el no saber) y relanzando interrogantes que propiciaron el pensamiento y el intercambio con otros.

Referencias

- Asociación Libre [@al.asociacionlibre]. (16 de octubre de 2025). *Sobre la relación al saber*. [Fotografía]. Instagram.
<https://www.instagram.com/p/DP4LmUIEXDk/?igsh=eWpvdHVxbHcwYzhq>
- Bafico, J. (2022). *El oficio del analista*. Debate.
- Bonoris, B. (2016). *El deseo del analista en la obra de Jacques Lacan*. Verba Volant.
Revista de Filosofía y Psicoanálisis.
<https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/FiliyPsi/article/view/310>
- Bonoris, B. (2022). *¿Qué hace un psicoanalista?: Sobre los problemas técnicos*. Coloquio de Perros.
- Calderon, N. (2012). El lugar del objeto (a) en la dirección de la cura psicoanalítica. *Affectio Societatis*, 9(17), 1-20. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4207686>
- Castellano, G. (2022). Casualidades. *Equinoccio*. Revista de psicoterapia psicoanalítica, 3(2), 97-112. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/3.2.6 Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)
- Domb, B. (1983). Transferencia en la Institución Psicoanalítica. *Cuaderno de psicoanálisis freudiano*, (4), 77-89.
- Eidelsztein, A. (11 de Febrero de 2017). *Entrevista a Alfredo Eidelsztein / Entrevistado por David Bros*.
<https://psicoanalisisyfilosofia.wordpress.com/2017/02/11/entrevista-a-alfredo-eidelsztein/>
- Facultad de Psicología Universidad de la República. (2 de agosto de 2018) *Charla con Jean Allouch* [Archivo de video]. YouTube.
<https://youtu.be/7-WIJ4gPYs?si=sGTc3L4vKiM2DxQi>
- Feinsilber, E. (2008). Formación, enseñanza y transmisión. Acheronta. Revista de Psicoanálisis y Cultura, Vol. 25. <https://www.acheronta.org/acheronta25/feinsilber.htm>
- Ferenczi, S. (1928a) Elasticidad de la técnica psicoanalítica. En *Obras completas*, Tomo IV, Espasa-Calpe.
- Ferenczi, S. (1928b). El proceso de la formación psicoanalítica. En *Obras Completas*, Tomo III, Espasa-Calpe.
- Freud, S. (1905): Fragmento de análisis de un caso de histeria (Caso Dora). En *Obras Completas*, Vol VII, pp. 1-107, Amorrortu.
- Freud, S. (1912a) Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas*, Vol. XII, pp.111-119, Amorrortu.
- Freud, S. (1912b): Sobre la dinámica de la transferencia. En *Obras Completas*. Vol XII, pp. 93-105, Amorrortu.

- Freud, S. (1914): Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, 11). En *Obras Completas*, Vol XII, pp. 145-157, Amorrortu.
- Freud, S. (1915): Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En *Obras Completas*. Vol XII, pp. 159- 174, Amorrortu.
- Freud, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras completas*, Vol. XX, pp. 165-244. Amorrortu.
- Freud, S. (1937) Análisis terminable e interminable. En *Obras Completas*, Vol. XXIII, pp. 211-254, Amorrortu.
- Grau-Pérez, G. (2024). Sobre el caso clínico en psicoanálisis: Una respuesta a Guy Le Gaufey. *Revista uruguaya de psicoanálisis*, (138), 50-71.
<https://doi.org/10.36496/n.138.a4>
- Klein, M. (1950) *Sobre los criterios para la terminación de un psicoanálisis*. En *Obras Completas*, Vol. 3, Paidós.
- Lacan, J. (1953-1954). Seminario 1. *Los escritos técnicos de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (1960-1961). Seminario 8. *La transferencia*. Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963). Seminario 10. *La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (1964). “El Seminario libro 11: *Los cuatro conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*”. Paidós.
- Lacan, J.(1967) Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela en *Otros Escritos*, Paidós.
- Lacan, J. (1979). Congrès de l'École Freudienne de Paris sur la transmisión. *Lettres de l'École*, 25(7), 219-220. <https://ecole-lacanienne.net/es/bibliolacan/lettres-de-lefp-3/>
- Lacan, J. (1988). *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma*. En *Intervenciones y textos 2* (pp. 115-144). Manantial.
- Laurent, E. (2000). ¿Cómo se enseña la clínica?. *Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires*, (13).
- Miller, J. (1997) *Introducción al método psicoanalítico*. Paidós.
- Miller, J. (2008) *Sutilezas analíticas. Los cursos psicoanalíticos de Jacques Alain-Miller*. Paidós.
- Real Academia Española. (s.f.). Casualidad. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 5 de octubre de 2025, de <https://dle.rae.es/casualidad>
- Real Academia Española. (s.f.). Producir. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 5 de octubre de 2025, de <https://dle.rae.es/producir>
- Real Academia Española. (s.f.). Lego. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 5 de octubre de 2025, de <https://dle.rae.es/lego>

Real Academia Española. (s.f.). Semblante. En *Diccionario de la lengua española*.

Recuperado el 12 de octubre de 2025, de <https://dle.rae.es/semblante>

Rodríguez Ponte, R. (2005). Entrevista realizada por Michel Sauval. Acheronta, número 22:

Formación del analista. Diciembre de 2005.

<https://www.acheronta.org/reportajes/rodriguezponte.htm>